

## THE ROLE OF WOMEN IN COLOMBIAN INDEPENDENCE

### Resumen

Este artículo de investigación aborda, según una metodología cualitativa, tres ejes temáticos: el papel de la mujer en la preparación ideológica del pensamiento emancipador neogranadino, la actividad de la mujer en las luchas independentistas y el ejemplo que dieron las más destacadas heroínas de la Independencia. En las conclusiones, se valorará la actuación de las mujeres en la fermentación y desarrollo de la gesta independentista, su resistencia, heroicidad, protagónico desempeño en las luchas por la dignidad, igualdad y libertad.

### Palabras clave

Mujer, independencia, emancipación.

### Abstract

This research article tackles through a qualitative methodology three thematic axes: The role of women in the ideological preparation of Neo-Granadian emancipatory thinking, the activity of women in the struggles of independence, and the example of the most outstanding heroines of independence. In the conclusion, it assesses the performance of women in the fermentation and development of the independence movement, its resistance, heroism, leading performance in the struggles for dignity, equality, and freedom.

### Keywords

Woman, independence, emancipation.

**Referencia:** Machado Pardo, L. (2018). El papel de la mujer en la independencia colombiana. *Cultura Latinoamericana*. 27(1), pp. 74-98. DOI: 10.14718/CulturaLatinoam.2018.27.1.4

# EL PAPEL DE LA MUJER EN LA INDEPENDENCIA COLOMBIANA

*Ligia Machado Pardo\**

*Fundación de Pensamiento Colombiano y Latinoamericano*

---

DOI: 10.14718/CulturaLatinoam.2018.27.1.4

## Introducción

Los estudios sobre la participación de la mujer en las actividades fundamentales de la vida cultural, social y política de numerosos países constituyen generalmente temas de poca estimación. Ha sido muy común ignorar o no tomar en la debida consideración la significativa participación del género femenino en múltiples acontecimientos históricos cruciales en la emancipación de los pueblos.

En algunos países, aún se concibe a la mujer como un objeto decorativo de la sociedad. Se le considera un ser pasivo que se resigna a aceptar con docilidad sus discriminadoras condiciones de vida, sin tomar en cuenta que esta otra esencial mitad del género humano se ha consolidado, progresivamente, en una fuerza creadora, emancipadora, capaz de sobreponerse y transformar una realidad en la cual muchas veces ha sido vulnerada.

Las posturas ideológicas de orientación conservadora por lo general han subestimado el papel de la mujer en las transformaciones sociales y han limitado su función a la esfera maternal y al cuidado de la familia. En cambio, por lo regular las posturas reformadoras, en especial las socialistas, han reconocido y promovido su protagonismo (Marx, 1979, p. 122)<sup>1</sup>.

---

\* Licenciada en Ciencias Sociales de la Universidad Distrital «Francisco José de Caldas» de Bogotá. Especialista en pensamiento filosófico y educativo en América Latina de la Universidad INCCA de Colombia. Contacto: ligiaestela1981@gmail.com

El artículo es resultado de un proyecto de investigación desarrollado en la Fundación de Pensamiento Colombiano y Latinoamericano.

Fecha de recepción: 30 de octubre de 2017; fecha de aceptación: 28 de noviembre de 2017.

1. En una carta a Kugelmann, Marx (1979, p. 122) expresaba: «Todo el que sepa algo de historia, sabe que las grandes transformaciones sociales se miden por el grado de participación que en ellas tenga el bello sexo, incluyendo a las feas».



Son múltiples los escenarios donde el mal llamado «sexo débil» ha sabido participar activamente, de manera tal que se ha involucrado en asuntos considerados casi siempre exclusivos del sexo masculino, entre ellos el militar en su expresión más tensa: la guerra o la lucha por la emancipación y la libertad.

La historia de la participación de las mujeres en los procesos de independencia que tuvieron lugar desde su germinación a finales del siglo XVIII en América Latina sobrepasa la acostumbrada reducción de su condición doméstica o de cuidado personal de los patriotas que combatieron en estas gestas.

La acción valerosa y combativa de ellas, cogestoras imprescindibles en la causa de la emancipación, no deja duda del impacto que su militante compromiso determinó en la toma de conciencia para conquistar la libertad, como puede apreciarse en los países del norte de Suramérica, objeto del presente análisis.

En este artículo se analiza y valora la actuación de las mujeres en la fermentación y desarrollo de la gesta independentista, su resistencia, heroicidad, protagónico desempeño en las luchas por la dignidad, igualdad y libertad, no solo de su género, sino de todos los sectores populares de una forma u otra esclavizados. Esta destacada actitud las caracterizó en la dura y sangrienta tarea de conquistar el fruto deseado: la construcción de la vida republicana.

### **El papel de la mujer en la preparación ideológica del pensamiento emancipador neogranadino**

Pensar y repensar la realidad social se debe hacer desde una reflexión teórica de inclusión del protagonismo de la mujer. El propósito de quienes como científicos sociales se preocupan por escudriñar, recomponer y comprender la historia debe ser el de censurar el silencio con el cual se oculta que la actividad femenina fue un factor generador de importantes acontecimientos de cambio en la nación para lograr la soberanía plena y absoluta. Al respecto, la sicóloga Florence Thomas (2004) señala:

Saber que las grandes preguntas fueron hechas coherentemente desde una perspectiva masculina-paternal y las respuestas dadas desde la misma lógica, asumiendo una voz, un lenguaje incapaz de reflejar las experiencias históricas y subjetivas de la mujer, pues ella no había aparecido sino, y en el mejor de los casos, como contrapartida de lo masculino,



como el complemento, «lo otro» y más a menudo como vacío, ausencia, carencia (p. 12).

Las mujeres, como copartícipes en la lucha por la conquista de la independencia neogranadina, se fueron integrando a los mandos militares en la dirección de tropas, de esta manera debilitaron la censura impuesta por los generales, quienes se oponían a su participación en estas gestas. Más tarde debieron reconocer su extraordinario aporte en tan grande causa. El historiador Carlos Díaz (1998) destaca que en ellas:

Aparece un acto supremo; jamás se humillaron, jamás se arrepintieron, desafiaron a la muerte y a sus verdugos con valor sublime, marcharon erguidas y firmes, las unas hacia el cadalso, las otras hacia las prisiones y el destierro. Mientras que en algunos de los próceres hubo cierto desfallecimiento, propio de la triste condición humana, ante el fin que les aguardaba, en las mujeres colombianas, sin excepción, nada de esto hubo, su desafiadora actitud, su altanera presencia, su desprecio ante los ultrajes, su serena resignación, su valor personal y civil ante la adversidad, la firmeza de su carácter, que jamás vaciló, que nunca se abatió, las hacen incomparables, se igualan, en su patriótico heroísmo, con las más bellas y las más altivas mujeres de los pasados tiempos (p. 5).

Ellas complementaban su sensibilidad social con la preparación intelectual, lo que les permitía organizar tertulias, intercambiar ideas, discutir y planear las acciones para liberarse del yugo español. Este selecto grupo lo caracterizó su composición heterogénea, mujeres imprescindibles para completar la obra de la independencia, que hicieron posible ese sueño de la libertad.

Las que hablaban inglés y francés se encargaban de leer y hacer las traducciones de temas principales que se discutían en Norteamérica y Europa para los encuentros. En Bogotá y Quito, las mujeres atendían y auspiciaban reuniones de patriotas. Francisca Prieto y Ricaurte, en Bogotá, esposa de Camilo Torres, fue una entusiasta seguidora de la Independencia, y organizó y asistió a reuniones secretas en las que se discutían planes revolucionarios. Fue en las comidas y en las fiestas nocturnas organizadas por ella donde se planeó el 20 de julio de 1810. Por su parte, Andrea Ricaurte de Lozano, también en Bogotá, colaboró en la lucha por la emancipación, haciendo de su hogar un centro principal para los conspiradores durante la reconquista española de la Nueva Granada (*Heroínas venezolanas*, 1961, p. 26).



Con la llegada a Colombia del cubano Manuel del Socorro Rodríguez para dirigir la Biblioteca Nacional, se crea la Tertulia Eutropélica<sup>2</sup> (Santos, 2010) –reuniones que se hacían con el fin de intercambiar ideas y divertirse con sanos entretenimientos–, un acontecimiento inolvidable que se prolongó hasta 1794, cuando los esposos de varias de las académicas las obligaron a ponerle fin al sano esparcimiento.

Sin embargo, la Tertulia tuvo continuadoras. En 1801 se fundó la Tertulia del Buen Gusto, inspirada también por el activo periodista bayamés, organizada por Manuela Santamaría de Manrique y compuesta por damas que deseaban continuar la conspiración empezada por las señoras de la Eutropélica.

Para desorientar y no generar sospechas de los realistas, las tertulias fueron nombradas de diversas maneras; por su fachada inocente de banalidad, constituían un sitio de reunión donde se compartía una taza de chocolate para hablar sobre temas de poca importancia. Pero su verdadera esencia las convirtió en un centro de efervescencia donde se promovieron los procesos independentistas.

El injusto fusilamiento de más de cien patriotas, lejos de amedrentar al pueblo –los españoles pretendían que estas muertes sirvieran de escarmiento–, creó las condiciones ideales para continuar con la causa patriótica. Sus nombres y legados quedaron impregnados en quienes no descansaron hasta ver libre a la Nueva Granada.

Cuando en el año 1781 Manuela Beltrán rompió los edictos fijados en la pared, en los cuales se determinaba el incremento de los tributos que condenaban al pueblo a seguir pagando impuestos y morir de hambre, apareció un pasquín que interpretaba el inconformismo predominante.

Una multitud atropellada por tres siglos de explotación y saqueo se reflejaba en el pasquín *Salud, señor regente*, escrito por fray Ciríaco de Archila. Este se leyó en todos los pueblos comuneros y fue proclamado como «cédula del común», en oposición a la «cédula real», del visitador Gutiérrez de Piñeres. El poema enaltece el patriotismo popular y estimula a rebelarse contra la Corona<sup>3</sup>.

2. Tertulia cuyo fin era reunirse para el sano esparcimiento, en su apertura el 19 de septiembre de 1792. Asistieron más de treinta «sujetos instruidos, de ambos sexos, bajo el amistoso pacto de concurrir todas las noches a pasar tres horas de honesto entretenimiento discuriendo sobre todo género de materias útiles y agradables». Don Manuel promete que «daremos después una exacta noticia de esta Asamblea del Buen Gusto, e igualmente iremos publicando (según el material que hubiere) algunos de aquellos rasgos prosaicos y poéticos [...]» (Santos, 2010, p. 51).

3. Una de sus octavas dice: «Ya es gana que discurras más proyectos,/ya estamos como Dios quiere las almas,/ya nos dejas vasallos muy perfectos /y borricos que no sienten las enjalmas;/pero advierte, señor, que en los respetos/que te has granjeado para mayores palmas,/una sola mujer tiene alcanzado/que del Socorro termines ya privado» (Phelan, 2009, p. 109).



La presencia de Policarpa Salavarrieta, Antonia Santos y Magdalena Ortega es tan solo una muestra del importante grupo de mujeres que, con gran convicción, seriedad, resistencia y consagración, colaborarían en la preparación de la gesta independentista. No fueron estos tres nombres aislados sino pilares fundamentales de un todo que se integra a esa red humana que, desde distintos puntos de la geografía colombiana, van fermentando la causa independentista.

Un componente fundamental en la tarea de construir la paz en América Latina es recuperar la memoria. Mientras la desmemoria de nuestra historia, de nuestras luchas y nuestra identidad nos invada, permitiremos que la impunidad permanezca enraizada en nuestros países, que los responsables de los crímenes, las traiciones, la corrupción no sean castigados y nos sigan gobernando (Programa de Mujeres Constructoras de Paz, 2003, p. 43).

La Pola –nombre cariñoso con el que la población colombiana se refiere a Policarpa Salavarrieta, nacida en Guaduas en 1796 y fusilada en 1817 por el «terrible delito» de colaborar con la causa de la independencia– ha sido considerada con razón la heroína nacional. Mediante la Ley 44 de 1967, se estableció en su honor el 14 de noviembre como Día Nacional de la Mujer,<sup>4</sup> al representar a la intachable guerrera, a la inmensa figura humana que estimó que su gloria era servir a la patria.

Con su actividad arriesgada para mantener al ejército patriota informado de los movimientos de los realistas, mostró que era una mujer astuta y dotada de cualidades inteligentes.

Se educó y fue consecuente con su deber de educar a los demás –función que desempeñó por un año en la escuelita de Guaduas, su ciudad natal–, se infiltró como costurera en casas de realistas y, con profunda convicción, motivó a soldados para que abandonaran las filas realistas y se integraran a las independentistas.

Con tan solo 21 años, las palabras de la Pola ya revelaban la claridad política y la formación ideológica con la que se había preparado para servir como pilar fundamental del movimiento independentista. Aunque ella siempre consideró que no era más que un eslabón de una cadena integrada por valiosas personas, su presencia y arriesgada

4. «Ley 44 de 1967 (noviembre 8), por la cual la nación se asocia a la conmemoración del sesquicentenario del sacrificio de la heroína nacional Policarpa Salavarrieta. El Congreso de Colombia decreta: Artículo 1º La Nación se asocia a la conmemoración del sesquicentenario de la muerte de la heroína Policarpa Salavarrieta, fecha señalada históricamente el día 14 de noviembre de 1967. Tal día será proclamado cívico y "Día de la Mujer Colombiana" en todo el territorio nacional».



actividad fermentaron las bases de la independencia de la Nueva Granada. Cuando fue arrestada y condenada, en el momento de ir al patíbulo para ser fusilada, frente al ejército dijo:

Ojalá me fusilasen aquí mismo, para no ver a americanos como vos, mayor Córdoba, sirviendo de instrumento a nuestros verdugos. Pero el día llegará, ¡españoles...! ¡El día llegará en que a esta ciudad entren las tropas de la libertad y de la justicia, y entonces temed, que en vano serán vuestras súplicas y gemidos! Solo me duele la suerte oscura de mi patria [...]. ¡Pueblo de Santafé! Muero inocente, solo por buscar la independencia de mi Patria. ¿Y vais a permitir que se cometa el crimen? Dios eterno, ved esta injusticia (Forero, 1972, pp. 136-137).

Admirable resulta la firmeza con la cual enfrentó todo tipo de argucias de las que se valieron sus verdugos para hacerla delatar a quienes apoyaban la campaña independentista, de nada sirvieron las amenazas o las ofertas de entrega de nombres por su absolución; los nombres de sus compañeros fueron enterrados con su silencio digno frente a la muerte. Ni la presencia de sacerdotes que la exhortaban a «salvar su alma» la doblegaron, ante ellos y en voz alta expresó:

Pero ya llegará el día de la venganza, el día grande en el cual se levantará del polvo este pueblo esclavizado y arrancará las entrañas de sus crueles señores. No está muy distante la hora en que esto suceda y se engañan mucho los españoles si creen que su dominación pueda perpetuarse. Todavía viven Bolívar, Santander, Monagas, Nonato Pérez, Galea y otros fuertes caudillos de la libertad; a ellos está reservada la gloria de rescatar la Patria y de despedazar a sus opresores (Álvarez, 1995, p. 30).

El sueño de la Pola de lograr la soberanía plena y absoluta de su patria lo expresó en su amor por la libertad y la lucha consecuente por conseguirla; con su resistencia mantuvo activa la conciencia de libertad y emancipación como un hilo conductor que la guió hasta el último suspiro<sup>5</sup>. Sus palabras finales, ante la impotencia e indolencia que presenció en el pueblo santafereño, fueron:

5. Ante José Hilario López –posteriormente presidente de Colombia de 1849-1853 que abolió la esclavitud y quien escuchó y recogió las últimas palabras de la Pola–, que no pudo esconder su dolor al ver su abatimiento, ella lo consoló diciéndole: «No llore, Lopecitos, por mi suerte, que voy a recibir un alivio librándome para siempre de estos tiranos. Prepárese más bien a la lucha, que va a ser muy dura para todos los que quieran ser libres» (Forero, 1972, p. 135).



¡Pueblo indolente, cuán diversa sería hoy vuestra suerte si conocieseis el precio de la libertad! Ved que, aunque mujer y joven, me sobra valor para sufrir la muerte y mil muertes más [...] Viles americanos, volved esas armas contra los opresores de la patria. [...] ¡Miserable pueblo! Yo os compadezco; algún día tendréis más dignidad (Díaz, 1998, p. 6).

Su fortaleza fue ejemplo para que José María Arco, quien fue fusilado también con la Pola, dijera: «No temo a la muerte, desprecio la vida, lamento la suerte de la patria mía» (Álvarez, 1995, p. 35).

Las reacciones tras el fusilamiento de la Pola no se hicieron esperar. Su nombre y acción fueron el referente que mantuvo viva la llama de la libertad. Su voz y aliento se hacen presentes en la poesía, en el lenguaje que enaltece la dignidad de la mujer<sup>6</sup>, en el fortalecimiento frente a las adversidades ante la triste condición humana, en el empoderamiento de la mujer como luchadora incuestionable por la libertad, en el ejemplo de resistencia que muchos años después tomaron algunos países del Cono Sur, tras las crueldades que las dictaduras implantaron.

Antonia Santos, otra destacada heroína, nació en 1872 en Pinchote, municipio de Santander. Fue la séptima entre los once hijos del matrimonio Santos Plata, y fusilada en 1819 por su compromiso en la defensa de la causa independentista. Su padre era un cultivador de tabaco, actividad con la cual acumuló una fortuna y compró una hacienda llamada El Hatillo; este lugar fue el espacio ideal en donde Antonia aprendió a disparar armas de fuego y a blandir el machete.

Desde muy temprana edad su padre, Pedro Santos (Forero, 1972)<sup>7</sup>, se unió a José Antonio Galán, promotor en 1781 de la primera revuelta en la Nueva Granada, denominada la Revolución Comunera. Esta insurgencia pretendía acabar con los abusos de los españoles, pero lamentablemente terminó con el exterminio de quienes lo apoyaron y el asesinato de su líder, Antonio Galán. Su cuerpo fue desmembrado y distribuido en cuatro lugares estratégicos del municipio del Socorro, como escarmiento para quienes intentaran desobedecer las órdenes

6. Alicia Hincapié (1996), quien realizó estudios sobre la participación de las mujeres en la Independencia, plantea: «Policarpa ha muerto. Las campanas tañen tristes por la partida de esta joven mujer que ha dejado, en la mente y en el corazón de los habitantes de Santafé, un mensaje que los reta, que los impulsa a seguir en la lucha. Sus palabras resuenan por todos los rincones, llaman, prevalecen y las fuerzas se agigantan. No la pueden olvidar, todos la llevan en sus corazones» (Hincapié, 1996, p. 93).

7. «No había olvidado un solo día la muerte heroica de su compañero José Antonio Galán y no dudaba que sólo era cuestión de esperar el tiempo de maduración que la sangre del mártir y de sus camaradas de sacrificio requería para fecundar las raíces del movimiento libertario que se reanudaría, invencible, en las manos de una nueva generación. Para eso había amasado Pedro Santos su fortuna. Para darle a esa segunda generación libertadora la oportunidad de entrar a la pelea con armas que le permitieran superar al enemigo» (Forero, 1972, pp. 167-171).





del rey. Tales fueron las formas salvajes con las cuales los españoles imponían su ley.

Su ambiente familiar estuvo motivado por las ideas de rebeldía y libertad (Santos, 2010)<sup>8</sup>. Aunque las costumbres de la época relegaban a la mujer a la condición de ama de casa, Antonia se encargó de promover y auspiciar a la guerrilla de Coromoro, cuya actuación en la lucha para frenar al ejército realista constituyó la acción definitiva para darles respiro a las tropas independentistas, que estaban dando su vida en la victoriosa batalla en el puente de Boyacá, donde el 6 de agosto de 1819 se logró la independencia. Antonia no desfalleció en la idea de que la emancipación era el objetivo fundamental de su existencia.

Cuando fue detenida por el ejército realista, faltaban pocos días para que en Colombia se diera el grito de independencia. Frente al hostigamiento de las preguntas que la querían mostrar como una enemiga del rey y de los españoles, muy firme respondió:

que era patriota, que amaba la libertad y odiaba a un gobierno extranjero, cruel y despótico, que asesinaba y desposeía. [...] Al escuchar la sentencia, gritó: «Antes de que termine este año, toda la patria granadina estará libre. ¡Yo moriré, pero ya lo veréis!» (Forero, 1972, p. 20).

El 28 de julio de 1819, con 37 años, es condenada a morir, y después de reconocer que «Así se hace la justicia del Rey Nuestro Señor», entrega su testamento a Santiago, uno de sus hermanos, a quien le pide que sea valiente. Le da un anillo de esmeraldas para que sea entregado al jefe de la escolta, en pago para que le ordene a los soldados que disparen al pecho, y así morir pronto y que no le dañen su cara.

Pidió que sus ojos no fueran vendados, porque quería ver su tierra por última vez. No manifestó miedo y deseaba mirar de frente a sus verdugos. Antes de que le dispararan, altiva y valerosa, dijo: «¡viva la patria!». «Así pasó Antonia Santos hacia la inmortalidad, junto con los patriotas Isidro Bravo y Pascual Guerrero, y sus siervos Juana y Juan» (Forero, 1972, p. 30).

8. «Compungida, reverente, Antonia Santos escuchó de labios de su padre, en marzo de 1813, la última voluntad del viejo comandante comunero. Les dejaba a sus herederos una gran riqueza en tierras, ganados, cosechas y dinero; pero les legaba una riqueza mayor, que era la dignidad, y les pedía que, en ningún momento y por ningún motivo, le dieran preferencia a la riqueza material sobre la riqueza moral. Si tenían que sacrificar su fortuna entera, y aun sus vidas por defender la causa de la libertad y de la patria, no debían vacilar en hacerlo, como no habían vacilado en el 1781 el compadre Antonio Galán y sus compañeros» (Santos, 2010, pp. 167-171).



Otra mujer de singular coraje y extraordinaria inteligencia que apoyó la causa de la independencia es Magdalena Ortega, esposa de Antonio Nariño. Como todas las niñas de su época, Magdalena no se liberó de recibir una educación piadosa y aprender los oficios propios para desempeñarse como una esposa ejemplar. Sin embargo, contó con el apoyo familiar para integrar el grupo que el doctor José Celestino Mutis –prestigioso médico, matemático y botánico que llevó a cabo significativas actividades para revitalizar la cultura y la intelectualidad colombiana, y organizó la Expedición Botánica– había seleccionado para brindar una integral educación, lo que le permitió recibir una formación de alta calidad y atemperada a los nuevos tiempos e ideas.

Se integró a las labores «de caridad» que realizaban las damas de la alta sociedad, para crear una imagen de bondad y piedad. Acompañó a la virreina María Francisca Villanova a todos los actos de beneficencia. Pero su verdadera intención siempre fue la protección y lucha por la libertad de los presos políticos que entregaron su vida para que fuera posible la libertad de esta nación. Motivada por el movimiento conspirador que se había formado alrededor del deseo de libertad, supo ágilmente actuar en favor de sus integrantes, y en muchas ocasiones los liberó de las cárceles de los realistas (Santos, 2010)<sup>9</sup>.

Esa misma disposición de luchar por los independentistas la mantuvo en el momento en que su esposo, Antonio Nariño<sup>10</sup> fue privado de la libertad. La vida que debió afrontar Magdalena Ortega después de la captura de su marido –condenado a diez años de prisión en África y destierro perpetuo del Nuevo Reino de Granada– involucró a sus cuatro inocentes hijos, que después de vivir cómodamente se vieron expuestos a la miseria. Sin techo ni bienes, Magdalena no decayó ante tales adversidades.

9. «La señora virreina, acompañada por Magdalena Ortega, Rafaela Isazi y otras damas, hizo una visita a la Cárcel de Corte para conocer la situación de los presos y brindarles algún alivio –comida, mantas, ropa– mientras se les resolvían sus casos» (Santos, 2010, p. 64). Magdalena aprovechó la situación para avisarle al independentista Ignacio Calviño que estuviera dispuesto para encontrar el camino de la salvación en la comida (Santos, 2010, p. 64).

10. «Una tarde, a mediados del mes de noviembre, [...] Antonio Nariño volvió a su casa acompañado de un grueso volumen. Magdalena leyó con curiosidad el título *Histoire de la Revolution de 1789 et de l'établissement d'une Constitution en Trance –Tome Troisième–*. El libro le había sido remitido desde París por don Francisco de Miranda al virrey de Santafé, con encargo de pasarlo a don Antonio Nariño. En la página 39 Nariño encontró una marca de Miranda, como llamando la atención sobre el texto, que traía el siguiente encabezado: “Déclaration des Droits de l'Homme et du Citoyen, Décretés par l'Assemblée Nationale dans les séances de 20, 21, 23, 24 et 26 août 1789, acceptés par le Roi”. El corazón de Antonio Nariño dio un vuelco triple. Por fin tenía en sus manos los famosísimos Derechos del Hombre, cuya lectura había sido prohibida en las colonias españolas por el Consejo de Indias, en noviembre de 1789, bajo pena de muerte, destierro u otras sanciones severas para quien “leyere, tradujere, imprimiere o de alguna manera divulgare el papel denominado los Derechos del Hombre”» (Santos, 2010, p. 66).



Escribió cartas dirigidas al rey Carlos IV y a su esposa, María Luisa Parma, para denunciar que la justicia del rey en América no era imparcial, y los instaba a no tratar como criminal a quien pensara en la libertad. Las cartas dan muestra de la capacidad oratoria y conceptual que tenía esta luchadora por la libertad. Si bien su esposo fue el traductor de la Declaración de Derechos del Hombre, ella es quien mejor los materializa y los pone a disposición de las causas justas.

Sus sentidas palabras (Santos, 2010)<sup>11</sup> las expone suplicando clemencia. Con ellas pretende no decaer en la arriesgada y difícil tarea que era para una mujer de finales del siglo XVIII, bajo el yugo de la dominación colonial, obtener la libertad de un ciudadano.

La persecución criminal con que se trató a Magdalena Ortega, las humillaciones, ultrajes y padecimientos que dignamente tuvo que soportar, y el coraje con el cual afrontó la temible empresa que representaba el despotismo colonial para poder ver en libertad a Nariño dan muestra suficiente de la tenacidad de esta valerosa mujer colombiana.

La convicción con la cual las mujeres forjaron y modelaron la independencia se nutre de creatividad, firmeza y confianza en que su actuación sería determinante para la consecución de un mundo independiente y con mayor equilibrio político y social.

Su ejemplo es digno de recordar, pues jamás desfallecieron ni renunciaron a la posibilidad de construir la nueva república. Constituye un deber y una responsabilidad que las políticas educativas orienten su enseñanza al reconocimiento y estudio profundo de sus valerosas acciones.

## **La determinante actividad de la mujer en las luchas independentistas**

Debe destacarse que el papel activo desempeñado por las mujeres en la lucha por la independencia y emancipación de los pueblos de

---

11. Un aparte de la carta dirigida a la Junta Suprema dice: «ante Vuestra Excelencia parezco y digo: que entre los principios sobre que se ha erigido esta suprema junta y debe fundar su mayor gloria es particularmente señalado aquel que brinda el debido asilo a la inocencia perseguida. Y la más religiosa protección a los derechos con que fue creado el hombre, y que es indispensable guardar, cumplir y respetar en el ciudadano, para conservar el orden, decoro y recíproca correspondencia de la sociedad y cada uno de sus miembros, de la soberanía y del vasallo, del magistrado y del súbdito; a estos inconcusos preceptos del derecho de gentes son del todo opuestos los detestables arbitrios del despotismo y los criminosos medios con que muchos de aquellos a quienes había elevado la confianza pública o se les había encargado la recta administración de justicia, intentaban colocar su autoridad en aquella apoteosis que los distinguiese de los demás hombres, sus semejantes, considerándose en clase tan superior que hablando como oráculos para la veneración, pudieron disponer de la hacienda, honor y vida de sus inferiores, sin otra solemnidad que la de su solo pronunciamiento» (Santos, 2010, p. 106).



América Latina parte de una concepción que se corresponde con el análisis de la especificidad del marco histórico y cultural de esta región, en el cual estas han sabido incrementar un liderazgo que ha enaltecido su dignidad y ha exaltado los valores propios de su identidad. De forma muy elocuente lo supo expresar García Márquez (1985) cuando sostuvo:

La nuestra es una cultura de resistencia que se expresa en los escondijos del lenguaje, en las vírgenes mulatas –nuestras patronas artesanales– verdaderos milagros del pueblo contra el poder clerical colonizador. Una cultura de la solidaridad, que se expresa ante los excesos criminales de nuestra naturaleza indómita, o en la insurgencia de los pueblos por su identidad y soberanía. Una cultura de protesta y de la vida que se expresa en la imaginación de la cocina, del modo de vestir, de la superstición, de las liturgias íntimas del amor.

Las mujeres latinoamericanas han sido damas que revelan en su ser excepcional todas las contradicciones de la vida. Por un lado muestran una dulce ternura al expresar sus sentimientos, pero también una actitud temeraria si son ofendidas, y gracias a su valentía no decaen en la sacrificada y reconfortante tarea de conservar y garantizar la vida.

Se debe reconocer a esa mujer guerrera, constructora de equidad, inteligente y consciente de que el sacrificio para la libertad no es asunto exclusivo de varones. Ella ha participado de manera activa, y si es necesario entrega su vida por causas que solo se pueden conquistar y arrebatarle con la fuerza a quienes se las han usurpado.

Nuestra América tiene motivos suficientes para enorgullecerse de las acciones realizadas por sus mujeres heroínas que, ante las ignominias que presenciaron, sufrieron y vivieron, estuvieron siempre dispuestas a aprovechar la posibilidad de luchar por un mundo mejor.

Algunas muestras de tan paradigmáticas posturas se pueden apreciar en los siguientes casos: en México, en 1810 María Josefa Ortiz de Domínguez, junto al cura Miguel Hidalgo, organizó el Grito de Dolores, que convocó a la lucha por la independencia. En Quito, la heroína Manuela Cañizares dio origen al movimiento independentista de 1809. En Venezuela, Josefa Palacios guardó luto permanente después de presenciar la muerte atroz de su esposo –el general José Félix Rivas, asesinado por los realistas, quienes fritaron su cabeza en aceite para exhibirla en Caracas, como escarmiento para quienes se rebelaran contra el rey–. Ella prometió encerrarse en su casa y solamente salir cuando supiera que los tiranos que ofendían su patria



habían sido expulsados. Juana Antonia Padrón se unió mediante el auspicio de tertulias en su casa y además «desde el principio se involucró en las maquinaciones de los conspiradores» (Reusmann, 1910, p. 146). A partir de 1808, asistió a reuniones en casa de Simón Bolívar y asesoró a los líderes patriotas. Su consejo contribuyó al éxito de la expedición revolucionaria y a la solución de conflictos sanguinarios. Juana sirvió como guía y asesora de los patriotas hasta su muerte en 1814 (Monsalve, 1926, p. 52). En la Nueva Granada, Policarpa Salazarrieta, Antonia Santos, Manuela Beltrán y Magdalena Ortega, entre otras, animaron, lucharon y contribuyeron a consolidar la causa de la independencia. Todas ellas tenían muy presente que la patria es aquella que se conquista con su propio esfuerzo.

El protagónico papel de la mujer en las luchas por la dignidad de los pueblos conquistados y colonizados se puede apreciar en tempranos acontecimientos emancipadores. La crueldad y brutalidad con que los conquistadores dominaron a la población aborigen, lejos de someterla, estimuló la resistencia y se consolidaron expresiones de lucha con acciones tan crueles como las que ellos mismos fueron implementando. Es este el escenario americano en el cual el usurpador, conquistador, colonizador y «pacificador» intenta recuperar y reconquistar con la fuerza, el terror y el escarmiento a sus antiguas colonias. No tomaron en debida consideración que no sería una tarea fácil, pues no comprendían que aquellos pueblos originarios se destacaban por su inteligencia, organización económica, política y militar, especialmente entre los aztecas e incas, como oportunamente lo reconocieron muchos cronistas de Indias, entre los que se destacarían Bartolomé de las Casas y José de Acosta. Los conquistadores subestimaron estos factores y, sobre todo, la consolidación ancestral de aquellas civilizaciones con un profundo arraigo cultural. De otro modo no se entendería cómo se mantienen hasta el presente. Esta fue una lección que costó mucha sangre y sacrificio, y se mantiene latente en algunos prejuicios eurocéntricos que aún pretenden subestimar los valores e instituciones de aquellas culturas.

Ya desde 1538, una mujer indígena de nombre Guaitipán, conocida por los conquistadores como la cacica Gaitana, dirigió la venganza por las crueldades de los conquistadores contra los indios yalcones, del sur del Huila en el Alto Magdalena.

El cacique Buiponga, hijo de la Gaitana, se negó rotundamente a rendir tributo a los españoles. El conquistador Pedro de Añazco castigó su rebelión y lo mandó quemar vivo en la plaza de la Villa de Timaná, para atemo-



rizar a los demás indígenas de la región. Este acto cruel fue presenciado por su madre viuda, la cacica Gaitana, quien se convirtió en el símbolo de la venganza entre los peninsulares. Se alió con el cacique Pigoanza, valiente guerrero de los indios yalcones, paeces, piramas y guanacas para perseguir sin tregua a los tiranos, que fueron derrotados en el campamento de Añazco y hechos prisioneros. La cacica vengadora le sacó los ojos al conquistador Pedro Añazco, le hizo un hueco en la mandíbula inferior; por allí le introdujo una sogá cuya punta sacó por la boca y lo llevó por los poblados indígenas, entre el sarcasmo de los nativos, quienes le fueron mutilando poco a poco los miembros hasta que expiró en medio de dolores atroces (Vega, 2011).

Esta fue solo una muestra de los innumerables actos de rebeldía indígena en todo el continente, y en ellos el papel de las mujeres resultaría protagónico. Durante tres centurias, la América indígena sufrió no solo la dependencia colonial y la injusticia social, sino el aniquilamiento físico de la mayoría de la población originaria de estas tierras. Aunque los conquistadores impusieron su lengua, su religión cristiana, sus costumbres y las instituciones coloniales con toda su cultura, la población aborígen, o al menos una parte considerable de ella, siguió cuestionando la validez del sistema político monárquico impuesto por España y conservó su unidad y solidaridad, pilares fundamentales para ir estructurando la lucha por la independencia y la soberanía.

Con el mestizaje se consolidaron diferentes sujetos sociales, todos ellos de forma distinta discriminados y vulnerados en sus derechos a una vida digna. Ellos vigorizarían el movimiento independentista: aborígenes, esclavos africanos, colonos, criollos, mestizos, mujeres heroínas, independentistas.

El inconformismo económico por los elevados impuestos y tributos que los americanos debían pagar a la Corona y el sometimiento político fueron el malestar general que constituyó el escenario ideal para integrar a mujeres de diversa situación económica y social en función no solo del logro de la independencia política, sino de mayor justicia social. Evelyn Cherpak (2004) en su estudio sobre las mujeres de la independencia sostiene:

Mientras señoras leales a la Corona constituían una minoría, las mujeres de todas las clases sociales y razas cooperaron en esfuerzo para expulsar a los peninsulares de sus tierras. Por lo tanto, la participación tenía una base amplia y no fue en absoluto prerrogativa de un grupo exclusivo. Mujeres



morenas del pueblo y damas de alta categoría trabajaron juntas en pro de la causa patriota (p. 83).

Cabe destacar que fueron muchos los campos en los cuales sobresalieron las mujeres; una arriesgada forma de comunicación las convirtió en el correo humano más seguro: los ruedos (encajes) de formación a los patriotas. El trabajo de espionaje realizado en las casas de los realistas sin generar sospecha alguna fue utilizado para contrarrestar los violentos ataques contra los independentistas. Apoyaron económicamente a los ejércitos, fundaron y patrocinaron colegios, brindaron techo, comida y vestido, financiaron guerrillas y participaron al lado de los patriotas con un fusil en la mano. Muchas se despojaron de sus prendas más valiosas porque consideraban que ellas prestaban más utilidad a la causa independentista.

La actuación dignificante de las mujeres de la independencia, junto con el apoyo solidario de los pueblos que preparaban su emancipación, sirvió para desafiar las supuestas fronteras estimuladas por las autoridades españolas, que pretendían evitar un movimiento cohesionado e integracionista que los expulsara. Ellas manifestaron lealtad a los próceres de la independencia y trabajaron con valentía en favor de la causa revolucionaria.

Simón Bolívar, el libertador, político y estratega militar –quien se propuso dignificar a nuestra América y dedicar su vida para verla libre–, fue uno de esos tantos hombres valiosos, un producto y actor de la ilustración latinoamericana, quien contribuyó a que se fermentaran las ideas de la emancipación política. Sabía que la integración era vital y por eso su escrito político de 1815, *La carta de Jamaica*, sentencia: «Yo diré a usted lo que puede ponernos en aptitud de expulsar a los españoles y de fundar un gobierno libre. Es la unión, ciertamente; mas esta unión no nos vendrá por prodigios divinos, sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos» (Bolívar, 1815). Tenía plena confianza en la unión no solo de reformadores y conservadores, sino de hombres, mujeres, esclavos y libertos.

Son cruciales algunos hechos donde la actuación femenina determinó triunfos de gran envergadura en situaciones adversas. Reconocerlo, aceptarlo y difundirlo les corresponde a las nuevas generaciones, que deben tomar un crítico distanciamiento ante cualquier clase de discriminación social, racial o de género, y valorar la presencia activa de la mujer en la vida social, cultural y política.

Al respecto, José Martí (1975) señalaba:



No puede *Patria* dejar de advertir que las campañas de los pueblos solo son débiles, cuando en ellas no se alista el corazón de la mujer; pero cuando la mujer se estremece y ayuda, tímida y quieta de su natural, anima y aplaude, cuando la mujer culta y virtuosa unge la obra con la miel de su cariño, la obra es invencible (p. 16).

No bastaba con la independencia política de las metrópolis para lograr la plena emancipación de los pueblos latinoamericanos; era necesario formar hábitos civiles adecuados, propugnar el reconocimiento de los valores autóctonos tanto de las culturas originarias de América como de la historia de sus pueblos por alcanzar su liberación integral.

La escuela debía también independizarse, y más aún en el caso de la enseñanza de la mujer (Gómez, 2011)<sup>12</sup>, pues a ellas no se les permitía estudiar. Esta preocupación por la educación de la mujer no fue ajena a Clemencia de Caycedo, ilustre santaferña que creó en la Nueva Granada el primer colegio femenino,<sup>13</sup> pese a la radical oposición social y conservadora que decía que en Santafé no había necesidad de fomentar la educación de mujeres, pues estas eran consideradas inferiores al hombre. El colegio fue llamado La Enseñanza y albergó a «25 niñas de sociedad» y «250 niñas del pueblo».

Antonio Nariño, el precursor de la independencia, quien desde su imprenta traduce y edita la «Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano» –y por ello él y su familia fueron víctimas de vejámenes, ultrajes y humillaciones–, sabe muy bien que la democracia y la libertad del hombre podían constituirse en consignas vacías de contenido si no iban aparejadas de una praxis política adecuada a las exigencias de los pueblos de América e integradas a la educación y formación de los ciudadanos (Nariño, 1996)<sup>14</sup>.

12. «La mujer tuvo, durante muchos siglos, un camino arduo y lento para acceder a la educación, porque durante toda la Colonia y aún en el siglo XIX, se predicaba que las mujeres tenían que caracterizarse por ser cristianas, virtuosas, humildes, sumisas y obedientes. Las madres, esposas, hijas, viudas o religiosas solo servían a los hombres de su hogar y a Dios, y no les permitían estudiar» (Gómez, 2011, p. 34).

13. El rey Carlos III firmó en el Palacio del Prado la Cédula de Fundación del Colegio de la Enseñanza el 8 de febrero de 1770, y el 28 de julio del mismo año, el fiscal Moreno y Escandón la refrendó en Santafé de Bogotá.

14. Por lo cual manifestaba: «Se tiene por degenerado al hombre natural; y se aplaude al filósofo virtuoso, porque acercándose a su primitivo estado, se contenta con el necesario posible, y desprecia las riquezas, el lujo, la disipación, esas comodidades tan decantadas de la vida social. Es menester confesar que el verdadero estado del hombre no conoce medio, y que si el primitivo y natural ya apenas se conoce, debe por la reflexión acercarse cuanto sea posible en medio de la sociedad, lo que en este estado sólo se podrá conseguir con la educación» (Nariño, 1996, p. 118).





En esta gran novela por la cual transita la gran patria latinoamericana, cuya dramática realidad muestra un mundo torturado, caracterizado por el hambre y la rebeldía, condenado a la noche perpetua de un régimen retardatario (Marriaga, 1948), hermosos se destacan los rostros de hombres y mujeres que para ver libres a sus pueblos han luchado por mejorar sus condiciones de existencia, para no morir de hambre por culpa de pagar impuestos y del mal gobierno, pero especialmente por conquistar la plena dignidad humana.

### **El relevante ejemplo de algunas de las más destacadas heroínas de la independencia**

El escenario colombiano en el cual se forjaron las heroicas mujeres partidarias de la independencia y la libertad de las tierras americanas es dramático. Muchas fueron fusiladas por los realistas; a las viudas y familiares de los mártires de la patria se les desterró de su ciudad de origen y fueron obligadas a residir en pueblos diferentes, se les confiscaron sus bienes, se les obligó a vivir en precarias condiciones, por lo que fueron violentadas su libertad y su dignidad. Mujeres capaces, inteligentes, muchas con una vida económica resuelta, talentosas, cuya condición humana les fue negada, afrontaron con decoro su lucha por la libertad, y son las que hoy se dignifican.

Mujeres enfrentadas directamente a unos individuos criminales y asesinos de la libertad; por lo tanto, cabe destacar la valentía con que afrontaron los hechos, y fueron capaces, en algunos casos, de sobreponerse a su infinito dolor, asumiendo la disposición de preparar el camino para que las nuevas generaciones vivieran en sociedades libres, soberanas y más humanas.

En una sociedad donde es evidente la tendencia a ignorar, desconocer, despreciar a la mujer y considerarla con capacidad inferior al hombre, se hace común escuchar calificativos malintencionados para denigrarla, sobre todo cuando ellas tratan de desdibujar la imagen idílica establecida por los cánones simples, que las reducen solo a figuras de belleza física, de suaves maneras, buen comportamiento y lenguaje artificial.

La activa participación femenina en diversas esferas, la elocuencia y tenacidad por encontrar la circunstancia histórica específica para que los pueblos americanos sean gestores de sus propios destinos y la motivación para no desfallecer en la emancipación política se aprecian en las acciones de las heroínas.



Lo más interesante que resulta del estudio de la participación femenina en los procesos de independencia en América es que las causas individuales y particularidades de cada mujer se convirtieron en un eslabón que se inserta y articula a un tejido social cuyo producto más complejo fue la interrelación, solidaridad y sofisticada complicidad con la que se iba planeando la acción revolucionaria.

Esa pléyade de heroínas de nervio, de belleza sublime y arraigada decisión de lucha por la causa independentista tuvo un significativo impacto y repercusión en la época, por lo que deben ser reivindicadas y sus nombres formar parte del panteón gestor de la lucha por la patria y la libertad.

Grupos y nombres de mujeres no deben ser ajenos para recuperar la memoria histórica de nuestros pueblos. «Las Juanas», «las Cholas», «las Amazonas» o las «seguidoras de campamentos», todas ellas fueron imprescindibles en las gestas libertarias, organizadas de forma voluntaria con la única misión de contribuir con la causa independentista, luchando a su manera (An officer of the Colombian Navy, 1828)<sup>15</sup>.

Durante la guerra a muerte en 1813, las mujeres de Caracas, Valencia y otras ciudades venezolanas cuidaron y trataron a los soldados en un esfuerzo por aliviar su sufrimiento. El coronel Trinidad Morán, herido en este período y llevado al hospital militar de Caracas por esclavos de Simón Bolívar, solo tuvo palabras de alabanza hacia las mujeres de Caracas que cuidaban a los soldados. En sus memorias escribió:

El hospital militar de Caracas era el punto de reunión de las más bellas y afables señoras del mundo [...]. Cada uno de nosotros creía tener en estas señoras una madre o una hermana vivamente interesada en nuestra salud y no me equivoqué en decir que muchos escaparon y deben su salvación a tan piadosos oficios (Lecuna, 1935, p. 176).

El oficial irlandés de la Legión Británica, Daniel Florencio O'Leary<sup>16</sup>,

15. La impresión sobre la habilidad de estos grupos de mujeres es registrada por varias personas, en el caso de «las amazonas». Un viajero comentaba que cuando el general Pablo Morillo intentó por primera vez invadir aquella isla: «Las mujeres de la isla Margarita fueron especialmente famosas por su valentía y su habilidad en la batalla. Estas galantes amazonas trabajaron constantemente los cañones en el batallón comandado por el general Gómez, y los estragos que causaron entre los enemigos probaron suficientemente la habilidad y la destreza que habían adquirido en el manejo de su artillería. Las mujeres fueron tan intrépidas, que las fuerzas de Morillo se retiraron» (An Officer of the Colombian Navy, 1928, p. 31).

16. Hace referencia a una de las Juanas, en el relato de sus «Memorias», que fue testigo presencial en el Páramo de Pisba subiendo la cordillera de los Andes, describiendo los sufrimientos y



edecán del «libertador», cronista de la campaña libertadora de 1819, quedó impresionado por la participación de las mujeres en la causa libertadora, y expresó su admiración por una de ellas (O'Leary, 1952, p. 568)<sup>17</sup>. Esta mujer, de nombre María Josefa Canelones, es una de las tantas «Juanas voluntarias» que continúan la marcha por la campaña libertadora, convencida de que apoyar la independencia garantizaría la libertad de ese hijo que llevaba a cuestas.

Las niñas adolescentes también dieron muestra impecable y generosa de apoyo a tan sublime causa. En ese sentido sobresalen dos casos: Estefanía Parra (Correa, 1955, p. 357)<sup>18</sup> y Matilde Anaray, de 12 y 14 años, respectivamente. Se debe reconocer que la historia se ha demorado en otorgarle un sitio de honor a la niña Estefanía Parra, quien en la batalla en el puente de Boyacá, el 7 de agosto 1819 –con la cual se consolida el triunfo de la Campaña Libertadora de la Nueva Granada–, sirve de guía a las tropas de la vanguardia patriótica, informando sobre el desplazamiento que debían hacer para derrotar al ejército de Barreiro, defensor de los intereses realistas. Fue ella también quien dio la alarma cuando la caballería española se desplegó al norte del puente y quien les señaló a los patriotas un vado del río Teatinos varias cuadras arriba, por donde parte de la División Santander pudo cruzar y cargar la bayoneta sobre las filas enemigas, mientras Anzoátegui demolía a los infantes del coronel Jiménez (Forero, 1972, pp. 161-162)<sup>19</sup>.

---

sacrificios en el ascenso por tan elevadas crestas cubiertas de brumas, por inhospitalarios lugares provistos solo de frailejones a causa de su altura, con un viento helado que apagaba las fogatas y el frío penetrante que hizo caer repentinamente a los soldados, para que muchos de ellos expiraran a los pocos minutos a causa de hipotermia.

17. «Durante la marcha de este día, me llamó la atención un grupo de soldados que se habían detenido cerca del sitio donde me había sentido muy extenuado de fatiga y viéndolos afanados pregunté a uno de ellos qué ocurriría, contéstome que la mujer de un soldado del Batallón Rifles estaba con los dolores de parto que por ello hacían un corrillo para hacerle calor al recién nacido. A la mañana siguiente vi a la misma mujer con el niño a la espalda subiendo muy valiente, aparentemente con la mejor salud, marchando a la retaguardia del Batallón. Después del parto había andado dos leguas por uno de los peores caminos de aquel escabroso terreno» (O'Leary, 1952, p. 568).

18. «Desde comienzos del año había aparecido en Paipa una humilde campesina. Estefanía Parra era su nombre. Es todo cuanto se sabe de ella. Alguna vez estuvo por los lados de Toca para llevar la noticia de que los patriotas se acercaban y que había que estar prestos a ayudarlos. Estefanía se infiltraba en las filas realistas con el pretexto de venderles víveres. Así se informaba de su número y movimientos para comunicarlos a los mensajeros de la libertad. La mujer logró cruzar las líneas españolas en los primeros días de agosto y entrar en contacto con la División de Vanguardia, que al mando del Gral. Santander marchaba sobre Tunja» (Correa, 1955, p. 357).

19. «Después de la batalla, se la vio recorriendo los grupos de oficiales, mirando admirada los uniformes y preguntando quién era “miamo Bolívar” y quién “miamo Santander”. Quería conocerlos, simplemente. Su alma sencilla no aspiraba a que la presentasen. Ella –pensaba– era una pobre india que no tenía derecho a saludar a “esos amitos tan grandes”. Se contentaba con el don supremo de la libertad, que para su corto entendimiento solo significaba una cosa: no ver más españoles. Su único premio fue una brillante moneda de plata que le regaló su paisano, el coronel Juan José Rondón» (Forero, 1972, pp. 161-162).



Una adolescente de nombre Matilde Anaray, quien después de escuchar un sermón<sup>20</sup> por parte del cura de la ciudad boyacense de Socha, donde se informa sobre la llegada de las tropas de Bolívar y se pide como apoyo despojarse de lo que en ese momento se tenía para que el ejército patriota que llega desprovisto de comida y vestido pueda continuar su marcha, subió al altar, se quitó y entregó su ropa, y con ello motivó a los demás feligreses a hacer lo mismo.

Manuela Beltrán, en 1781, en el Socorro (Santander) es reconocida como la mujer que encendió la chispa de la Revolución Comunera. Ella arrancó los carteles en los cuales se aumentaban los impuestos y gritó las arengas de ¡viva el rey! y ¡abajo el mal gobierno!, pero al mismo tiempo, una mulata conocida como la negra Magdalena, también motiva a la población para que se rebele (Santos, 2010, pp. 25-26)<sup>21</sup>.

Las arriesgadas acciones con las cuales las mujeres encendieron la llama de la independencia tienen una significación especial en la historia de la lucha por la igualdad, la libertad, la resistencia y la integración por una justa causa, pues en un país caracterizado por marcados contrastes sociales y diferencias políticas —en donde se tiende a reducir la independencia a una cuestión tan simbólica como es el préstamo de un florero<sup>22</sup> y no a la valerosa actitud que permitió que blancas, mestizas,

20. Después de que el señor cura ofició la santa misa, habló al pueblo: «Queridos feligreses: Les informo que el Ejército Patriota que viene desde los Llanos, venciendo todas las dificultades, mañana estará aquí entre nosotros con el General Bolívar. Hoy, ha llegado la mitad de la vanguardia con los militares Santander y París. Yo los invito a colaborar sin reservas y con decisión para darles todo lo que tenemos. Mi Dios, el Todopoderoso los bendecirá. El señor alcalde don José Ignacio y yo, los invitamos a entregar los vestidos que hoy tenemos puestos, para que el Ejército pueda continuar. Dentro del templo no se vio ninguna respuesta y hasta gritos de reproche se escucharon. Los sochanos no aceptaron fácilmente la idea de salir en “paños menores”» (Gómez, 2011, p. 130).

21. «La negra Magdalena en 1781 puso a los hombres en pie de guerra, se paró en frente de la puerta de la administración del tabaco y preguntó con voz estruendosa: “¿Hay quien defienda las armas del rey?”. La audacia de la pregunta tomó desprevenidos a los manifestantes. Hubo unos segundos de silencio y alguien al fin gritó: “¡Noooooo!””, y detrás de esa voz otras miles repitieron un “¡Noooooo!” clamoroso. La negra Magdalena les tenía a los tumultuarios una segunda pregunta: “¿Hay alguien que se ponga a la defensa de la renta del tabaco?”. El “Nooooo” esta vez fue coreado de inmediato. La negra Magdalena formuló su tercera pregunta: “¿Hay quien defienda este estanco?”. Se reiteró el “Nooooo” unánime. Alguno apuntó: “¡Ay de quien defienda este estanco!”. La negra Magdalena no tenía más preguntas, tomó una piedra de grueso calibre y con puntería infalible la reventó sobre las armas reales colocadas en el lindel de la tercera del estanco. Los vecinos rompieron el miedo que les imponían aquellos escudos, símbolo del poder de una autoridad lejana y despótica» (Santos, 2010, pp. 25-26).

22. En la mañana del 20 de julio de 1810, Joaquín Camacho se dirigió a la residencia del virrey Antonio José Amar y Borbón, para solicitar respuesta acerca de una solicitud de la instauración de una junta de gobierno en Santafé, mas la negativa del propio virrey a su pregunta hizo que se procediera a formar la reyerta con la excusa del préstamo de un florero. Luis Rubio se dirigió de visita al negocio de José González Llorente para pedir prestado un florero con el fin de usarlo en la cena de visita para el comisario real Antonio Villavicencio (nacido en Quito). Los criollos sabían que Llorente daría la negativa de prestar el florero, porque él no prestaría ningún objeto a los criollos para atender a otro criollo. Por eso, una vez que se dio la negativa del préstamo del



indígenas, comerciantes, hacendadas, negras artistas, campesinas, mujeres de la sociedad y del pueblo, aunaran sus voces y esfuerzos para levantar las banderas en nombre de la libertad— se hace necesario posicionar a la mujer desde su condición de voz y brazo como pilar fundamental en la vida de una sociedad. Algunos estudios en la actualidad reivindican a la mujer, aunque culturalmente no se reconoce su participación como factor activo y decisivo en la vida política del país (Samper, 2004, p. 132)<sup>23</sup>.

La vinculación a la causa patriótica evidencia la convicción y credibilidad de la que gozaba el Libertador, pues hombres y mujeres, desde las más disímiles posiciones económicas y sociales, y desde diversos lugares, cooperaron con dicha causa. De esta forma se destaca la afirmación de José Vasconcelos, quien se refería a América como el crisol de raza cósmica.

Concepción Loperena fue otra mujer precursora de la educación. Trabajó para que se creara la escuela de primeras letras en la ciudad de Valledupar y propició un ambiente revolucionario que culminó con la liberación de cientos de esclavos de sus haciendas y la firma del Acta de la Declaración de Independencia absoluta de Valledupar<sup>24</sup>. Su acción fue reconocida por el Libertador, quien envió un mensaje al general Santander para su estricta divulgación:

Los triunfos alcanzados por las fuerzas libertadoras del Valle de Upar pertenecen a María Concepción Loperena, quien fue el eje diamante sobre el cual giraban los destinos de la Provincia de Santa Marta en los momentos más difíciles de la Historia (Bolívar y Santander, s.f.).

Simón Bolívar no dudó en reconocer las contribuciones, las obras y los logros de las combatientes femeninas. En una proclamación al ejército libertador, enalteció no solo a los soldados que habían logra-

florero de Llorente, los criollos, tal como lo tenían planificado desde el día anterior, utilizaron la ocasión para caldear los ánimos del pueblo en contra de los españoles, de esta manera el florero fue la excusa para generar la reyerta.

23. «En Colombia la mujer ha sido menospreciada a todo nivel. En consecuencia, sólo desde hace unos pocos años han sido estudiados y aceptados su labor y su papel dentro de la sociedad. Pero esta actitud generalizada por parte de los historiadores, que desconoce la presencia del elemento femenino dentro del desarrollo social, cultural, económico y político del país, está en proceso de cambio. Ahora se fomenta el redescubrimiento de la labor de la mujer en la historia y se busca correr el velo que durante siglos ha estado silenciando una realidad: la mujer siempre ha existido, y su naturaleza ha sido un factor generador de importantes acontecimientos de cambio en la nación» (Samper, 2004, p. 132).

24. El 4 de febrero de 1813, a las 10 de la mañana, se presentó Loperena en los salones del Cabildo y, ante la presencia de toda la concurrencia, arrancó el retrato de Fernando VII junto a varios escudos reales, a los cuales prendió fuego.



do expulsar a los realistas de la provincia de Trujillo, sino que alabó también a las mujeres que habían luchado tan valientemente. Incluso, utilizó su ejemplo para inspirar a los hombres:

Las mujeres, cuyo carácter decisivo es innegable, participaron en la guerra de independencia en contra de la voluntad de los generales<sup>25</sup> como el caso de Evangelista Tamayo, nativa de Tunja, quien luchó en Boyacá bajo el mando de Simón Bolívar, y llegó a alcanzar el rango de capitana (Correa, 1995, p. 323).

Los generales no tuvieron más opción que reconocer y aceptar que a las mujeres no las doblegaban los decretos ni sus órdenes, y que para ellas constituía un deber con la patria participar de cuerpo y alma por una causa de esa magnitud.

Bolívar no ocultó su admiración y tristeza cuando al siguiente día de terminar los enfrentamientos de guerra, reconociendo a las víctimas, encontraba a mujeres camufladas con uniformes del ejército que habían sido asesinadas con las balas españolas. Ante ellas lloraba y lamentaba tan crueles sucesos. De allí que dijera:

Hasta el sexo bello, las delicias del género humano, nuestras Amazonas han combatido contra los tiranos de San Carlos, con un valor divino aunque sin suceso. Los monstruos y tigres de España han colmado la medida de la cobardía de su nación. Han dirigido las infames armas contra los cándidos y femeninos pechos de nuestras beldades; han derramado su sangre; han hecho expirar a muchas de ellas, y las han cargado de cadenas, porque concibieron el sublime designio de libertar a su adorada patria. ¡Las mujeres, sí, soldados, las mujeres del país que estáis pisando combaten contra los opresores y nos disputan la gloria de vencerlos! Y con estos ejemplos de singular heroísmo en los fastos de la historia ¿habrá un solo hombre en Colombia, tan digno de este nombre, que no corra veloz a engrosar las filas, que deberán marchar a San Carlos a romper las prisiones en que gimen esas verdaderas belonas? (Presidencia de la República, 1963, p. 242).

25. «Santander dio una orden general, en 1819, en la cual prohibió a las mujeres viajar con el ejército. Si se descubrían mujeres en las filas, recibirían 50 azotes, y cualquier oficial que desatendiera este reglamento se enfrentaría a un castigo severo. Parece que estas órdenes no fueron tenidas en cuenta, pues las mujeres continuaron la marcha con sus compañeros, atendiendo sus necesidades y manteniendo, de esta manera, alguna semblanza de vida familiar en un período de cambio, desorden y caos. La presencia de seguidoras de campamentos fue una costumbre consagrada por el tiempo, que no podía ser abolida mediante proscripciones militares» (Correa, 1995, p. 323). En contra de las órdenes dadas por el general Santander, Evangelina Tamayo tomó un fusil en mano, luchó en Boyacá y alcanzó el rango de capitán.



Vale la pena destacar que no abundan las investigaciones realizadas por los hombres interesados en registrar hechos de significación especial en los cuales la estrategia femenina resultó clave para el triunfo de la independencia.

Bárbara Forero, que también propició ese 20 de julio en que Colombia proclamó la libertad y la independencia, fue la mujer que reunió a muchas de su sexo y tomó de la mano a su hijo, le dio la bendición y le dijo:

Ve a morir con los hombres; nosotras las mujeres (volteándose a las que la rodeaban) marcharemos adelante; presentemos nuestros pechos al cañón; que la metralla descarge sobre nosotras; y los hombres que nos sigan, y a quienes hemos salvado de la primera descarga, pasen sobre nuestros cadáveres, se apoderen de la artillería y libren a la patria (Santos, 2010, pp. 116).

Esta misma mujer años antes había decidido participar en la clandestinidad en un movimiento que se integraba a la dirección de Francisco de Miranda, quien apoyaba desde Europa la actividad independentista.

La presencia femenina de colombianas en la gesta independentista tiene una significación especial, la variedad de tareas que realizaron animaron el combate cuando muchas veces el ejército se sintió desvanecer, marcharon al ritmo de las tropas, se involucraron en espionajes y conspiraciones, se preocuparon por formarse en los más nobles criterios sobre la independencia que se estaba dando a escala universal. Las que tenían una vida asegurada renunciaron a sus comodidades. Las que no gozaban de una comodidad económica y social se integraron en las actividades políticas para hacer posible ese sueño de la libertad.

## Referencias

- Álvarez, R. (1995). *Policarpa: ¿Una heroína genio?* Bogotá: Empresa Editorial de Cundinamarca Antonio Nariño.
- An officer of the Colombian Navy (1828)*. Recollections of a Service of Three Years during the War-of-Extermination in the Republics of Venezuela and Colombia, vol. 1. Londres: Hunt & Clarke.
- Bolívar y Santander. Correspondencia* (s.f.) Archivo Histórico Nacional.
- Bolívar, S. (6 de septiembre de 1815). *La carta de Jamaica*. Kingston.
- Cherpak, E. (2004). Las mujeres de la independencia. Sus acciones y



- sus contribuciones. En M. Velásquez (Dir.), *Las mujeres en la historia de Colombia* (pp. 83-116), t. I. Bogotá: Grupo Editorial Norma. Congreso de Colombia (20 de noviembre de 1967). Ley 44 de 1967. DO: 32.374.
- Correa, R. C. (1995). *Diccionario de boyacenses ilustres*. Tunja: Academia de Historia.
- Díaz, C. (1998). *Las mujeres de la independencia*. Bogotá: Editorial Kelly.
- Forero, P. (1972). *Las heroínas olvidadas de la independencia*. Bogotá: Ministerio de Educación Nacional-Instituto Colombiano de Cultura.
- García Márquez, G. (30 de noviembre de 1985). Palabras. Trabajo presentado en la Inauguración del II Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América. La Habana: Granma.
- Gómez, N. (2011). *Mujeres y la libertad. Historia, arte y heroínas de la independencia*. Tunja: Búhos Editores Ltda.
- Heroínas venezolanas* (1961). Caracas: Imprenta Nacional.
- Hincapié, A. (1996). *Tras la imagen y la presencia de Policarpa*. Bogotá: Lerner.
- Marriaga, R. (1948). *Una heroína de papel: Policarpa Salavarrieta*. Barranquilla: Ediciones Arte.
- Martí, J. (1975). *Obras completas*, vol. V. La Habana: Editorial Ciencias Sociales.
- Marx, C. (1979). *Cartas a Kugelman*. La Habana: Editora Política.
- Monsalve, J. D. (1926). *Mujeres de la Independencia*, vol. XXXVM. Bogotá: Biblioteca de la Academia de Historia.
- Nariño, A. (1996). Sobre la educación. En G. Marquinez (Ed.). *La ilustración en Colombia* (p.118) Bogotá: El Búho.
- O'Leary, D. F. (1952). *Memorias del general O'Leary*, vol. I. Caracas: Narración.
- Phelan, J. (2009). *El pueblo y el rey: la revolución comunera en Colombia, 1781*. Bogotá: Universidad del Rosario.
- Presidencia de la República (1963). *Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el siglo XIX. Textos para su estudio. La Independencia (1810-30)*, vol. I. Caracas.
- Programa de Mujeres Constructoras de Paz (2003). *Mujeres en América Latina construyendo cultura de paz en situaciones de alto conflicto*. Quito: IDEPAZ.
- Reusmann, E. (1910). *Páginas inmortales*. Buenos Aires: Alfredo de Martino.





- Samper, S. (2004). Soledad Acosta de Samper. El eco de un grito. En M. Velásquez (Dir.), *Las mujeres en la historia de Colombia* (132-155), t. I. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Santos, E. (2010). *Mujeres libertadoras. Las polícarpas de la independencia*. Bogotá: Planeta.
- Thomas, F. (2004). Mujer y código simbólico. Una inscripción desde la carencia. Velásquez, M. (Dir.). *Las mujeres en la historia de Colombia* (pp. 11-23), t. III. Bogotá: Grupo Editorial Norma,
- Lecuna, V. (1935, enero-marzo). *Documentos. La guerra a muerte*, BANH XVII. Venezuela.
- Vega, M. (6 de febrero de 2011). *La verdadera historia de la cacica*. Recuperado de <http://colombianeivahuila.blogspot.com.co/2011/02/la-verdadera-historia-de-la-cacica-la.html>.
- Velásquez, M. (Dir.) (2004). *Las mujeres en la historia de Colombia*, t. I, Bogotá: Grupo Editorial Norma.